

péuticamente útil y pedagógicamente edificable para encauzar la ambición de los gobernantes a fin de que, en su afán de gloria, persigan el bien común. Gracias a este planteamiento, el filósofo de la historia se presenta como un auténtico educador de unos príncipes que han de conducir, a través de una continuada ilustración, a la prosperidad una sociedad que se ha secularizado en una comunidad ética. A la vista de todo lo dicho y situados en un horizonte cultural postmoderno, parece prudente volver a los orígenes de la modernidad pedagógica. Para ello nada mejor que repensar la filosofía de la educación de Kant desde la perspectiva de su filosofía de la historia, tal como nos sugiere este apasionante libro.

CONRAD VILANOU

VALLS I MONTSERRAT, Ramona: «*Escola Nova*» i pedagogia catequètica a Catalunya (1900-1965), Barcelona, Facultat de Teologia de Catalunya, 1997, pp. 398.

No constituye novedad alguna la aproximación entre las dos realidades Escuela Nueva y Catecismo. Desde los mismos albores de la introducción en España del método Montessori por Barcelona son conocidos los intentos de algunos sacerdotes, como Clascars o Luis Carreras, por aplicar las metodologías de María Montessori al catecismo y a la enseñanza de la religión, en general. Sin embargo, hacía falta una síntesis como la presente, ajustada y comprensiva, que situara hechos concretos, como el montesoriano, en el marco más amplio de la Escuela Nueva como corriente consolidada.

El trabajo de la Profa. Valls, de la Universidad de Barcelona, presenta toda la enseñanza catequética de algo más de la primera mitad el siglo XX, en un marco lo suficientemente amplio como para no desligar este tipo de metodologías de la metodología general empleada para cualquier materia. Ciñe su investigación a una serie de elementos como personajes, instituciones, y movimientos de educación no formal.

Las fuentes que utiliza son bibliográficas, orales e iconográficas.

Interpreta que el interés del estudio del movimiento catequético ligado a la Escuela Nueva reside en la valoración de los métodos, la problemática, las maneras de mejorar y adecuar a los principios psicopedagógicos la transmisión del mensaje evangélico a los niños y jóvenes.

Un riguroso método de investigación avala, por lo demás, el trabajo desde el punto de vista científico.

El libro, publicado en catalán, comprende tres capítulos (La Escuela Nueva; La praxis de la catequesis en la Cataluña contemporánea; y Material bibliográfico e icónico: la iniciativa de las Editoriales) y cinco Anexos (referencias bibliográficas, Archivos, bibliotecas y Centros de documentación, bibliografía, normativa eclesiástica catequética y pensamiento catequético del obispo Ramón Daumal, como apéndice o colofón).

Da una amplia visión del tema catequético y no sólo alude sino que estudia autores y opiniones de contemporáneos que han trascendido la propia Cataluña para ser considerados como patrimonio común de un más amplio marco geográfico, muy concretamente al estudiar la formación de una pedagogía cristiana a través de Joan Bardina, Alexandre Galí, Pere Vergés, Rosa Sensat y Artur Martorell.

El trabajo de la profa. Valls es interesante y muy ilustrativo. No sabría decir si la profesora se ha dejado contaminar por la influencia francesa tan metida ya en cualquiera que trabaja estos temas hoy en España al utilizar la expresión «pedagogía catequética». Soy consciente de que es ir contra corriente el manifestar que pedagogía es reflexión, teoría y abstracción y que los catequetas la utilizan como sinónimo de metodología, métodos y, a veces, acompañamiento. No hace mucho, en una reunión internacional tenida en París le pregunté, ante un folio con un una pregunta escrita en francés y repetida a continuación en inglés, a una ilustre colega del Instituto Católico de esa misma ciudad, si podía darme algún sinónimo de «pédagogie». Contestó que no lo había. ¿Cómo, pues, repliqué, una decena de líneas más abajo, Vd. utiliza la voz «teaching-learning process», en lugar de

«pedagogy» que para el diccionario inglés también significa «the science of teaching», aunque esta definición no in dique el «sentido pleno» de Pedagogía?

Los catequetas están utilizando expresiones como «la pedagogía de Dios», cuando, que se sepa, Dios no tiene teorías y menos sobre educación. A lo más se trata de percibir, desde el hombre, las maneras con que Dios «obra».

Pero esta observación en nada empaña el magnífico trabajo de Ramona Valls. Lo único que expresa es que, desde la Pedagogía, se deberían clarificar conceptos que, por no acabar de hacerlos propios y exclusivos de esta ciencia, a veces, desde otros campos, se la mira negándole su status científico.

VICENTE FAUBELL

VERGER, J.: *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Editorial Complutense, Colec. «La mirada de la historia», Madrid, 1999.

Traducida por Teresa Garín, aparece editada ésta que es una de las más recientes contribuciones de Jacques Verger al conocimiento de la historia universitaria europea. Se refiere aquí, fundamentalmente, al estudio de quiénes eran los graduados universitarios y de cuales eran las expresiones de sus desarrollos profesionales en tanto que graduados. Alude sobre todo al caso francés, aunque situando tal caso en una perspectiva europea más amplia, a lo largo de los siglos XIV y XV (lo que entiende aquí como finales de la Edad Media), si bien con múltiples referencias cronológicas a los siglos XII y XIII, porque según Verger muchos fenómenos posteriores tienen su origen en estos dos siglos.

Se procura describir, desde un punto de vista comparativo, un fenómeno que se manifiesta a escala europea, el de la presencia y creciente protagonismo de «las gentes del saber», constructo que el autor acuña, con preferencia al de intelectuales (Le Goff) o al de «gentes del libro» (L. Febvre y H. Martín): gentes que dominaban un cierto tipo y un cierto nivel de conocimientos, y que reivindicaban ciertas aptitudes prácticas fun-

dadas precisamente sobre la base de los conocimientos adquiridos previamente. Gentes que, al final de la Edad Media, por su número y peso social, pueden ser consideradas como una élite o grupo específico y potenciales agentes eficaces de la evolución de la civilización europea.

La obra se estructura en tres partes: la primera, en la que se expone lo que constituía esencialmente la formación universitaria de las gentes del saber, sirve de entrada a una segunda parte («El ejercicio de sus actividades»), en la que a lo largo de los capítulos 4.º y 6.º se analiza la actividad profesional y su eficacia práctica o simbólica. En la tercera parte, Verger sitúa a las gentes del saber ante el espejo y ante los demás: ¿quiénes eran? ¿reformadores, innovadores, aupados a los poderes tradicionales y conservadores?

Una formación latina escolástica lograda sobre los esquemas conceptuales, supuestos e instrumentos metodológicos aristotélicos, caracterizaba a unas gentes del saber, que dedicaron su atención profesional sobre todo el servicio divino y al servicio principesco, más que a cualquier otro ejercicio práctico, en gran medida como «intelectuales intermedios», prestos a servir o a mejorar el orden existente, desde su mentalidad levemente reformista. Gentes que utilizaron la vía de los estudios como vía de ascenso y de promoción social para poder integrarse entre las capas aristocráticas y nobles, de tal modo que la presencia de esquemas humanistas no deberá verse como una ruptura, por oposición, con los saberes medievales (p. 251), dado que la renovación –parcial– de los saberes en los albores del 1500 «no supuso una transformación profunda ni en la estructura, ni en las funciones sociales y políticas del grupo de aquellos que precisamente besaban su razón de ser en el dominio de estos saberes y en el ejercicio profesional que de ellos se derivaban» (p. 252).

Las conclusiones encajan entre nuestros saberes y suposiciones. No habría así una posición novedosa en Verger. Existe sí una muy apreciable maestría en su ensayo, en el uso de conceptos y fuentes, en la textura de lo que señala. Lo que es de agradecer.

ANTÓN COSTA RICO